

Tenemos la costumbre, que ya demasiado humana, de no cumplir ciertas promesas que a cada rato nos estamos haciendo. Una de ellas, y que con mayor frecuencia dejamos de cumplir, es la de conocer de cerca esos pueblos, que hemos odiado desde la distancia del camino o del asiento del tren y cuya belleza e situación en el paisaje siempre nos impulsan a exclamar: "Ahí me gustaría vivir". La verdad, pocas veces, para no decir nunca, cumplimos la promesa de visitarlos. El auto o el tren terminan de pasar y con la misma rapidez se evapora nuestro entusiasmo, quedando aquello en memoria como un destello fugaz en los recuerdos del viaje.

Pero no hace mucho decidimos volver esa crónica negligencia hacia nuestros propios deseos y arrebatos espontáneos, y partimos a conocer un paraje que yo sólo había abordado a distancia —de este lado ahora— de este lado ahora —desde la plataforma de un camión, cuyo conductor no tenía tiempo para contemplaciones turísticas. Dijeron que visitar es poseer el mundo. Menos ambiciosos, nosotros nos conformamos con mirar un momento cara a cara y no como nos obliga la vista, por el ojo de la cerradura.

FRUTILLAR DEL LAGO

Después de casi el estremo metálico del tren, el silencio del lugar pesaba en las vías. Había de un rincón del sur de Chile que los vecinos ya conocían: El pueblo de Frutillar, que se levanta sobre la ribera occidental del Llanquihue. El silencio era absoluto, como si la omnipresencia del agua absorbiere todos los ruidos. El fumero tiró a mí memoria la confesión de Arturo cuando llegó a su destino en una de las balsas del Exco. "Si me quedara aquí" decía —"te diría lo mismo de exceso de tranquilidad; me mararía a fuerza de amargadura". Era quietud perpetua, casi abrumadora, induce a pensar con fuerza o a dejar caer un objeto, pues los aviones parecen que nos llevan a personas que nos tenemos que sentir solos. Sin embargo, al poco rato, nos sorprendió hablando a media voz, como volvemos hacia el interior de una iglesia. No llevé, pero los negros taburetes que una vez dejaron de pasar, hoy regresan desde arriba, que ellos son los verdaderos señores de la región. Cuando sopla el viento, tienen todo posible, entre los mecanicos, escasos y asombrosos, uno se siente vivo bajo una campana de vidrio. El ambiente sosegado hace

Lugares que somos

UN BOCETO PARA FRUTILLAR DEL LAGO

por CARLOS MORAND

(A la familia Winkler y el Café Loreley)

del Llanquihue una vasta superficie gris, tan absoluta en su inmovilidad como el silencio del aire, constituye el lago en una plancha de azogue que invita a oír más sobre ella. En esa parte, la tierra forma una bahía cuyos extremos son dos longitudes de niños y desordenados perfiles que se adentran en la serenidad de las aguas. Hay algo sucede en esos valientes verdes y tercos, salpicados de pequeñas islas, que le atmósfera claustrada, agradecida al espectador hasta ponerlo al alcance de su mano, mientas al fondo, es decir, entre ambos, un desmoronamiento de heladas de piedra se resiste contra el oeste: el Osorno, cuya similitud la simplicidad de urge salido de los lares de un nino. En verdad, aquella noche reproduce la idea más exacta que todos, cuando chicos, nos hemos hecho de la forma de un volcán.

El pueblo de Frutillar se reduce a una costanera que se extiende a lo largo de un kilómetro, bordeando el Llanquihue, y a treinta o cuarenta casas en hilera con sus fachadas vueltas hacia el agua. Casas grandes, de madera, con balcones y techos de tejas construidas en su estilo, si no sencillo genuino, notablemente inspirado en la arquitectura rural. Hay dos iglesias (una protestante, otra católica) con sus respectivas campanillas que se elevan a la misma altura. Desde la cumbre de una cuesta y a cierta distancia, Frutillar, por su ubicación, sus casas y sus torres,似乎 una aldea señorial encerrada en un recodo del Río o del Danubio austroamericano. Ignoro si objetivamente hablando sea el paraje más hermoso de esa parte del sur de Chile, pero sin duda posee la singularidad de la obra de arte. No se parece a ningún otro pueblo o villorrio de aquellos comarcas. Pueblo Montt ha querido que el que Valparaiso debió ser hace un siglo, actualmente resucitado Takahuan y Corral. Frutillar, en cambio, no se parece a nada que

yo haya visto, al menos en Chile, y en la síntesis perfecta de todos los elementos naturales y arquitectónicos que componen la geografía de la provincia, austriaca. A vuelo de pájaro, tiene la pulcritud de la máquina, no vemos chismes, fábricas ni publicaciones periódicas, como en Llanquihue; y a la inversa de lo que empuja a ocurrir en Osorno, en Valdivia incluso en Puerto Varas, conserva casi intacta una arquitectura tradicional que parece intentarse expresamente retratar ese paisaje. Sus únicas señales visibles son el edificio municipal (que tiene facultad que inspira la ingenuidad fiscal) y una fortaleza incrustada junto al lago. Junto todavía su crecimiento poco que en su obra grega traía ya la atmósfera de la fealdad irracional. La casa edificada es —según informa— copia de un edificio de Santiago. Tal vez sea de la Escuela de Leyes o del Mercado. "Peculiar", pero en todo caso aquí se halla reunido a una escuela apenas alta para páginas.

Originalmente Frutillar fue fundado en el sitio que más arriba no descrito, pero con el tiempo, la carencia de leña y el ferrocarril hicieron que la localidad se prolongara a la parte alta, por donde pasan ambas vías de comunicación. Hoy día se habla de dos Frutillars: el alto y el bajo (del Lago), los dos separados por unos tres kilómetros de caminos libres de casas. En Frutillar, al comenzar la instalación se inició la industria, en el otro, la tranquilidad y el silencio para barato del colonizamiento. Aquí se vive segura, llama y queda libre de pueblos para nadie. Así no se va gente circular por sus calles lo que asciende la impresión de una puerta magica, o si así lo desean los misericordiosos de las urbes multitudinarias, de una ciudad utópica. Frutillar del Lago hace pensar en un sitio inventado para residir, no para trabajar. A simple vista lo han

Ruhet in Frieden". Faribunda o Heinrich-Winkler fue uno de los primeros colonos que llegaron en 1859 y que muchos años se establecieron desolando los matorrales para convertir el sur chileno, de Valdivia a Puerto Montt, en lo que ahora es. Todavía hoy, trabajar estos tierras exige una fuerza de mucha voluntad y paciencia. De modo de progresos en técnicas agrícolas, una empresa casi tan hermosa como la de Valdivia. Los descendientes de los pioneros alemanes conservan la idiosincrasia europea de sus antepasados, y el herencia de ser dueños de un patrimonio agrícola no les disminuye un ápice el sacrificio que deben conseguir para explotarlo. Tampoco consiguen que la prosperidad no los haga olvidar en el uso pertinente de la palabra. De ahí que una reforma agraria se haga sentir en ellos como la peor de las injusticias. No se habla aquí del caso del dueño de fondo que vive completamente en la capital, Madrid grande, trabajando de sol a sol, estos hombres sobreviven una vida cotidiana, dura y laboriosa, como la de sus antepasados. Duró de 1850 a 1950, la aventura prosigue, quizás nunca termine la naturaleza austroamericana de Frutillar.

Hace rato que ha anochecido y la luna llena condensa a través sobre el Llanquihue un palmeo de lajeta postal o de una postura acuarelista objetivo. Hasta doméstica, una composición doméstica perfecta para que sea auténtica. Sin embargo, lo es: el solido el lago, el reflejo de la luna sobre el agua están bien compenetrados en cada rincón que no denota la naturaleza. Como siempre, ninguna rueda, ni polo del sol o la noche, después de un crepúsculo de verdes y rojos anaranjados, se ha hecho a través del mismo silencio soñoliento, como si al mismo que hubiese transcurrido el globo en una gran esfera vacía. Pero no es más que un sentimiento falso. En la casa vecina se ha concebido una luna, un paro ladrar a la distancia, instantes volvemos a pensar en los primeros días de esta tierra, cuando el genio de unos pocos hombres hizo lo imposible la construcción de los colones, y reparamos que en su historia hay algo de lo tanto enemigo que un escritor podría regalar de la memoria colectiva: recordar y fijar en una de esas obras una sencilla, no recordada quizás, definida como "novedad sin dicción": todo lo que ahí se nos cuenta es inventado, pero, al mismo tiempo, cierto. Todo lo que ahí se nos cuenta es cierto, pero, al mismo tiempo, inventado.

Un boceto para Frutillar del Lago [artículo] Carlos Morand

AUTORÍA

Morand, Carlos, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un boceto para Frutillar del Lago [artículo] Carlos Morand

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)